

CAPITULO XXII

LOS TURCOS.

El gran Soliman tuvo por sucesor á su hijo Selim II (1566), odiado de los ejércitos, que tuvo que comprar con enormes sumas. Llegó al trono, adonde ascendió por encima de los cadáveres de sus hermanos, la avaricia, la embriaguez, la crueldad y el descuido de los negocios; así es, que el imperio otomano hubiera caminado á su ruina, sin el sabio ministro Mohammed Sokolli, secundado por el mufti Ebn-Rund. Selim hizo la paz con el emperador Maximiliano II (1571), sometió el Yemen que se había sublevado, y con objeto de hacer la guerra á la Persia sin tener que atravesar homicidas desiertos, quiso abrir el canal proyectado por su padre entre el Don y el Volga, lo cual hubiera unido el Ponto Euxino al mar Caspio: pero lluvias á torrentes y ataques de los rusos impidieron verificarse este proyecto.

Ya le hemos visto hacer la guerra á Venecia, y sufrir en Lepanto (1) una señalada derrota. Después de esta batalla, decía Sokolli al bailio veneciano: «Nos habeis cortado la barba, y nosotros os hemos derribado un brazo; la barba volverá á crecer más hermosa y poblada, pero el brazo no.» En efecto, habiéndose libertado Kilig Ali (*Occhiati*), renegado calabrés con cuarenta galeras á través de la escuadra cristiana (1572), pronto aumentó su número hasta doscientas, y volvió á inquietar á la Grecia. Los venecianos concluyeron de nuevo la paz con el gran señor; Felipe II envió á atacar á Tunez, de cuyo reino se había hecho dueño Muley Homaidah, después de haber muerto á su padre Muley-Hassan, á quien Carlos Quinto (2) había restablecido en el trono. Don Juan de Austria verificó la empresa; pero no obedeció la orden de destruir

la ciudad, en atención á que pensaba en el establecimiento de un Estado cristiano en Africa, del que Tunez seria la capital y él el rey. Resultó de esto que nombrado Kilig Ali, capitán bajá, asaltó de repente aquella plaza, y la recobró, como también la Goleta (1574), lo cual obligó á Felipe á evacuar también á Orán.

La Turquía comprendía entonces cuarenta gobiernos: ocho en Europa, Hungría, Temeswar, Bosnia, Semendria, Romelia, Cafá, Candia y el Archipiélago, designación que comprendía la Morea, Lepanto y Nicomedia; cuatro en Africa, á saber: el Egipto, Argel, Tunez, Trípoli; veinte y ocho en Asia: la Natolia, Caramania, Marach, Adana, Chipre, Alepo, Saida, Damasco, Trípoli de Siria, Sivas (el Ponto), Trebisonda, Tcheldir, la Georgia, el Daguestan, Chirwan, Kars, Van, Erzerum, Kerson, Basora, Bagdad, Bakka, Mossul, Diarbekir; en Arabia, Gida, Sanaar, Zebid y la Meca. Deben añadirse los cuatro países tributarios de Transilvania, Moldavia, Valaquia y Ragusa. Pero su preponderancia en el mar había cesado en el combate naval de Lepanto; pues si bien es cierto que los bajeles y tripulaciones se renovaron, la opinión, poder principal de las naciones conquistadoras, se perdió sin remedio.

Estando ébrio Selim, dió una caída y murió de ella. Sus sucesores, que se encerraron en el serrallo, precipitaron la decadencia del imperio, y dejando de presentarse á la cabeza de los ejércitos, perdieron el único mérito que podía hacerlos queridos de la nación.

Amurates III.—Amurates III, que ascendió al trono después de Selim (1574), hizo degollar á sus cinco hermanos, y sin embargo, no era un príncipe cruel, pero sí débil, lujurioso y avaro. Las rosas del nuevo serrallo de Scutari, las noches pasadas en medio de brillantes iluminaciones y salvas de

artillería, los encantos de sus mujeres, que eran su única compañía, no pudieron curarle de una hipochondria perezosa, y concluyó por destruir sus fuerzas y determinar en él la epilepsia. El visir Mohammed Sokolli el Grande había sido desterrado y después asesinado: la sultana favorita dirigía á su antojo al sultan, con otras mujeres ínfimas y miserables que traficaban con los honores y el poder. Los genzaros, que habían perdido en tiempo de Soliman el derecho de no marchar sino á las órdenes del jefe del Estado, conocieron entonces cuán débil era el monarca entregado á efímeros visires. Desorganizóse, pues, el ejército, y el gran visir Osman permitió que los buluks, á los cuales había confiado la guardia del sultan y la del estandarte del Profeta, vendiesen sus empleos. Habiéndose puesto en circulación una moneda de mala ley, los buluks y los genzaros empuñaron las armas; pero ya no se trataba, como en otros tiempos, de simples motines: dando un nuevo ejemplo, se dirigieron contra el divan, y penetrando en el serrallo, pidieron la cabeza ó destitución de los ministros. Siguiéronse incendios y sublevaciones, y se dió un ejemplo deplorable para lo futuro.

Mahomet III.—Amurates tuvo ciento dos hijos, de los cuales cuarenta y siete vivían. De este número, Mahomet III, que le sucedió (1595), hizo estrangular á diez y nueve varones y arrojar además al mar á diez mujeres en cinta. Rigoroso observador de la ley, abandonó Mahomet III el gobierno á la veneciana Sofia Baffo, su favorita, que ascendió ó destituyó á los visires; éstos eran en aquella época los únicos acontecimientos notables, de lo que resultaban continuas sublevaciones. Un ejército que se había mandado contra Hungría desplegó por primera vez el estandarte del Profeta, que se había conservado hasta entonces en Damasco, y trasladado desde allí á Constantinopla. Esto no impidió que la expedición tuviese malos resultados, para atender Mahomet al voto de sus soldados, se puso á su cabeza y marchó á la Hungría, pero no adelantó nada.

Habiendo emprendido el renegado Cicala restablecer la disciplina entre las tropas otomanas, y conociendo en la operación de su revista que había treinta mil soldados menos que el número alistado, declaró desertores é infames á los ausentes. Estos se reunieron en Asia á las órdenes de un tal Abdulamin, y se apoderaron de Edesa, donde sostuvieron combates y sitios. Abdulamin conservó allí la autoridad suprema y la transmitió á su hermano Dali Husein, que se sometió después á la autoridad del sultan. Habiéndose dirigido á Hungría á la cabeza de diez y seis mil de los suyos, pereció peleando; pero otros jefes surgieron después de él, y fué preciso dirigir contra ellos muchas expediciones, recurrir á traiciones y á las promesas de perdón vergonzosamente violadas. Más tarde (1622), Abasa, beylerbey de Erzerum, se puso al frente de aquellas partidas, con las cuales se apoderó de Siva y Angora.

Acmet I, 1603.—Debilitado Mahomet por su libertinaje murió á la edad de treinta y siete años y tuvo por sucesor á Acmet I, sólo de edad de catorce, que se le sacó del serrallo, donde se había criado hasta entonces entre mujeres y eunucos. Este príncipe se desvió de la regla acostumbrada del fratricidio, y no hizo nada sino por consejo de las mujeres y de los muftes. No cesaban nunca los turcos, ya hubiese paz ó tregua, de hacer incursiones en el terreno de los húngaros, sus vecinos; el archiduque Carlos de Gratz, hermano del emperador Rodolfo, compró en los confines de la Croacia un terreno desierto, donde fundó á Carlsstadt, y acantonó allí una fuerza militar permanente. El imperio proporcionó al efecto 750,000 florines y la Estiria 150,000.

Uskococ.—Los habitantes de las provincias ocupadas sucesivamente por los otomanos habían ido á establecerse en los alrededores de Clisa, en Dalmacia, y los turcos los llamaban uskococ, es decir, desertores. Desde allí hacían incansantes incursiones á las tierras de los musulmanes, que concluyeron por sitiar á Clisa; y aunque esta ciudad se reputaba por inespugnable, se apoderaron de ella. Huyeron entonces los uskococ á Croacia, donde encontraron un asilo en la plaza marítima de Zengh, y continuaron incomodando á los turcos, dedicándose después al corso y acogiendo dentro de sus murallas á los desterrados italianos, lanzaron sus corsarios contra los barcos mercantes de Venecia. Habiendo obtenido del divan, Hassan, bajá de Bosnia, la autorización de libertar al imperio, atacó á los uskococ y al emperador Rodolfo que los protegía. Entró en Croacia al frente de treinta mil hombres y se adelantó hasta Sissek, á la que puso sitio (1592). Pero Andrés de Auersberg, comandante de Carlsstadt, le atacó y derrotó (12 junio 1593). Doce mil turcos murieron, y entre ellos varios personajes de categoría, incluso el mismo Hassan, lo que hizo que se le diese á este año el nombre de año del desastre. Presentóse el gran visir Sinan para vengarle; pero los húngaros le hicieron frente con varia fortuna.

Transilvania.—Continuaba sufriendo la Transilvania la soberanía turca. Estéban Bathori, que había llegado á ser rey de Polonia (1576), cedió este principado á Cristóbal, su hermano, que le dejó cuando murió á Segismundo. Educado éste por los jesuitas, tenía escrúpulos de este vasallaje, é irritado de la arrogancia de Sinan, pensó en unirse al Austria; opusieron los grandes á este designio, y quisieron tomarle por pretexto para derribar á él y á los jesuitas; pero prontas ejecuciones sofocaron la conjuración, y Segismundo se unió al emperador Rodolfo para hacerse independiente. Habiéndose entonces puesto en marcha Carlos de Mansfeld, teniente del archiduque, con mucha nobleza alemana, bohemia é italiana, se apoderó de Estrigonia, y batió al gran visir en Giurgewo. Decidióse Mahomet III á ir á pelear en persona; y después de haber tomado á Agria, ayudado por la

(1) Véase pág. 84.

(2) Véase tomo VII, pág. 501.

avaricia de los austriacos y la destreza de Cicala derrotó al archiduque Maximiliano en Keresztes (1596).

Paz de Situatorok, 11 noviembre 1606.—Escaso el emperador de dinero porque los protestantes le negaban subsidios, le fué preciso licenciar el ejército al fin del verano, cuando sólo en invierno era posible hacerse dueño de las plazas fuertes, aprovechando la época en que se helaban los pantanos. De mucho servían las discordias intestinas de la Hungría a la Puerta, y la guerra continuó con equilibrados sucesos hasta 1606, época de la paz de Situatorok. Esta paz no fué ya, como las anteriores, una concesión del vencedor al rey de Austria vencido, sino un tratado entre iguales, como de padre a hijo. Prohibiéronse las incursiones, devolvieron los prisioneros, y la Hungría quedó emancipada del vergonzoso tributo de los 50,000 ceques.

El baron Herman de Czernin, enviado en calidad de embajador a Constantinopla, entró en ella al son de los instrumentos, y desplegó la bandera del águila y la cruz. Como una tradición muy extendida entonces anunciaba que el imperio debía sucumbir cuando flotase la cruz en Bizancio, apoderóse un gran terror de los ánimos; decíase que los conventos y ciertas casas estaban llenas de armas, y que los jesuitas querían apoderarse de la capital: fué preciso poner tropas sobre las armas, y en medio de estas inquietudes se firmó la paz.

Murió Acmet a la edad de veinte y nueve años, sin haber hecho nada. Sucedióle su hermano menor con el nombre de Mustafá; pero como era imbecil desde la infancia, consintió su madre en que se le volviese a la *jaula*, bajo cuyo nombre se designa el aposento de los hijos y hermanos de los sultanes; colocóse en su lugar a Otman II (1618), hijo de Acmet, de edad entonces de trece años. Este sultan fundó una biblioteca; el deseo de procurarse dinero le hizo violar las leyes contrayendo matrimonio con mujeres de condición libre; debilitado después por el abuso de los deleites, se volvió estúpido. Disgustóse el pueblo de él; por su parte, los genzaros estaban irritados de su avaricia y por el rigor con que hacia arrojar al mar a los soldados que encontraba bebiendo ó fumando. Como sospechaban que alimentaba el proyecto de destruirlos, para sustituirlos los egipcios y sirios, se amotinaron, y pidieron la cabeza de los favoritos; mas no obteniéndola, proclamaron a Mustafá (1622). Encontraron a aquel imbecil príncipe acostado en su lecho entre dos mujeres en una habitación a la que no se entraba sino por el techo, y donde no había recibido ningún alimento hacia dos días. Otman, que se resignó demasiado tarde a sacrificar a sus ministros, fué blanco de los malos tratamientos de la soldadesca y estrangulado; éste fué el primer regicidio entre los otomanos (3).

(3) La muerte de Otman proporcionó a J. F. Gonda-

Amurates IV.—Corría el imbecil Mustafá como un loco por el palacio imperial, llamando a todas las puertas y preguntando por su sobrino Otman para que le libertase de una carga que le pesaba. Fué, pues, la sultana validé, su madre, la que reinó en su nombre, con el gran visir Meré Husein, ó más bien los genzaros. Esta milicia quiso que se castigase a los asesinos de Otman, é hizo todo lo que le agradó, hasta el momento en que depuso a Mustafá y ascendió al trono al valiente Amurates IV, hermano del sultan asesinado (1623). Encontróse bajo las cimitarras de los que habían derribado a su tío y a su hermano con un tesoro exhausto y turbulencias en Asia; pero a la edad de veinte años se emancipó de toda dependencia de su madre y de los visires, se desembarazó de los turbulentos con la espada y la horca, y manifestó una grandeza sellada de crueldad.

Dotado de una fuerza y de una agilidad extraordinaria en todos los ejercicios corporales, tenía en sus caballerizas hasta novecientos caballos atados con cadenas de plata a pesabres del mismo metal; rodeado de espías, salía él mismo por la noche a escuchar lo que se decía. Deseoso de oro y sangre, hizo perecer, además de sus hermanos, a multitud de hombres, como para rivalizar con la peste que existía entonces. Acércase el hijo de un bajá al serrallo y le da muerte. Una barca tripulada por mujeres, que hizo otro tanto, mandó echarla a pique: otras fueron muertas porque se reían en un prado, y muchos porque hacían uso del tabaco (4) y del opio. Valíanse en cien mil hombres el número de las víctimas de su hipocóndrica ferocidad. «La venganza, decía, no envejece, aunque haga encanecer los cabellos.»

Maronitas.—Ya hemos hablado anteriormente de los maronitas, llamados así de Maron, piadosos solitarios de los primeros siglos (-433) que fieles a la Iglesia romana en sus discusiones con la iglesia griega, tuvieron después en Hamath una capilla en cuyo derredor se construyó un monasterio afamado en Siria. Un fraile de aquel convento, llamado Juan el Maronita, adquirió a fines del siglo VII gran reputación de piedad y celo; sostuvo la causa de los partidarios del papa, y fué enviado al Líbano, como obispo de Gebail para predicar el catolicismo. Todos los cristianos de Siria que no se adherían a los monotelitas escucharon sus palabras; y formóse un pueblo que aseguró, detrás de las murallas naturales del Líbano, su independencia civil y religiosa. Juan procuró a aquellos cristianos armas, les dió instituciones, y concluyeron por ocupar casi toda la montaña hasta Jerusalem.

la, de Ragusa, muerto en 1638, el argumento de un poema en veinte cantos en lengua iliria. Se ha impreso en 1816 por Martecchini con la traducción italiana.

(4) El uso del tabaco se introdujo en 1606 entre los otomanos; y los cafés, los comerciantes de tabaco adoptaron entonces, generalmente entre nosotros, un turco de muestra.

Segun eran los musulmanes, débiles ó poderosos, estendian ó disminuían los maronitas sus límites; aumentáronse en la época de las cruzadas, aun que no se haya hecho mención de aquella secta hasta 1215, en que estrecharon los vínculos que los unían a la Iglesia romana. Esta union se relajó con la caída de la dominación latina, pero Eugenio IV les hizo reconocer de nuevo en 1445 la supremacía papal, a la que han permanecido fieles hasta nuestros días. Usando Roma con ellos de una prudente condescendencia, les dejó la liturgia siríaca, el matrimonio de los simples sacerdotes, la comunión bajo las dos especies con un pequeño pan ácimo, empapado en el vino consagrado y distribuido después a los fieles. El patriarca (*batrak*) es elegido por los obispos y aprobado por el legado pontificio; los obispos viven modestamente en numerosos monasterios, que la mayor parte siguen la regla de San Antonio. Los religiosos cultivan la tierra, ejercen oficios, dan educación al pueblo, de cuyas filas eligen los turcos y los drusos sus escritores, así como se emplean los coftos en Egipto, y los persas entre los afganes. Gregorio XIII fundó un colegio en Roma para los maronitas, del que han salido célebres orientalistas. Reunidos los maronitas a los drusos, resistieron a la conquista otomana, y sólo en 1588 cuando Amurates III envió contra ellos a Ibrahim, bajá del Cairo, fué cuando se los redujo a la obediencia.

Drusos.—No se sabe bien el origen de los drusos; pero parecen ser una tribu del desierto, que habiéndose unido a una de las numerosas herejías del cisma mahometano, buscaron asilo en el Líbano, donde se mantuvieron independientes, como los maronitas. Separados de ellos por la religion, el interés comun los reunió varias veces para la defensa de sus montañas, hasta el momento en que fueron vencidos por el bajá del Cairo, Ibrahim.

Carecían de gobierno y estaban divididos en dos facciones, la de los cuaisos, que se distinguían por un clavel rojo, y la de los yamanes que usaban una adormidera blanca; los odios y las venganzas se perpetuaban de esta manera, ora bajo un símbolo, ora bajo otro. Los turcos quisieron que no hubiese más que un jefe para mantener la policía y responder del tributo; pero de este modo llegaron a fundar un poder que produjo la independencia.

Facardin.—El jefe de los drusos era entonces Fakreddin ó Facardin (1613), que dueño de una gran parte de la Siria, se atrevió a hacer frente a Amurates. Pero asustado con los preparativos del padischah, aprovisionó las fortalezas por tres años, y acompañado después por su favorita, por su hija y por su principal ministro, se embarcó con considerables riquezas. Llegó a Liorna, ofreciendo hacer homenaje de su Estado a los príncipes cristianos y guerrear con ellos en Tierra Santa. El duque de Osuna, virey de Nápoles, tuvo orden de llevar a Fakreddin a sus Estados y sostenerle en

ellos. Recobrólos en efecto (1615) y sostuvo buenas relaciones con la Toscana, de donde sacaba obreos; y mientras se hallaba trastornado el imperio otomano, aumentó sus posesiones. Envió Amurates contra él cien mil soldados; viendo entonces Fakreddin la imposibilidad de resistirse por los partidos que destrozaban a su país, se dejó persuadir y trasladar a Constantinopla. Su edad, su sano juicio, su aire respetable le adquirieron la confianza de Amurates, pero los cortesanos, que concibieron recelos, obtuvieron que fuese estrangulado en presencia del gran señor. No cesaron por esto los drusos de formar un Estado independiente; y la posteridad de Fakreddin continuó dominando en él hasta el momento en que hace siglo y medio fué reemplazada por la familia Shaab, a la que pertenecía el emir Beschir, a quien hemos visto refugiado en Roma.

Persia. Thamasp, 1523-75.—Grandes guerras sostuvo Amurates contra la Persia que era gobernada por débiles reyes y enérgicos esclavos. Cuando Thamasp sucedió a la edad de diez años a Ismael, venerado como fundador de una fe nueva y de la religion nacional, estallaron turbulencias en el país entre las tribus turcas, deseosas de sacar partido de la infancia del príncipe. Cuando llegó a ser hombre, derrotó a los usbekos, rechazó a Soliman, y habiendo invadido la Armenia, arrebató varias provincias a los otomanos. Dió hospitalidad al rey Humayun, arrojado de la India, y le restableció en el trono de Dehli, lo cual le hizo adquirir mucha gloria. Cuando volvió Soliman a atacarle adelantándose a Ispahan, hizo la paz con él, entregándole su hermano Bayaceto, que se había rebelado. Largos años de escasez asolaron el país durante los cincuenta y tres que reinó, y los usbekos no le dejaron nunca en paz.

Eran educados los hijos de los sofies por los jefes de las tribus, con objeto de que la mútua envidia impidiese las peligrosas inteligencias. De esta manera fué cómo crecieron los muchos vástagos de Thamasp, entre los cuales Aider-Mirza, su hijo predilecto, se apoderó de sus tesoros y del poder. Pero los jefes kurdos, georgianos y circasianos le degollaron la misma noche, y sacaron a Ismael de la prision en que le tenia encerrado su padre hacia veinte y cinco años. La costumbre del opio y la cólera le hicieron feroz, y no sólo hizo dar muerte a sus ocho hermanos, sino a diez y ocho grandes, sin abandonar el vicio de embriagarse. Los reinados siguientes, débiles y tumultuosos, no merecen fijar la atención.

Favorables le parecieron a Amurates III aquellas turbulencias para atacar a la Persia, tanto más, cuanto que un iman había visto en sueños, inserto en letras de fuego, sobre la puerta del divan: *Amurates, vencedor de Iran*. A la cabeza Lala Mustafá de la expedición, sometió la Georgia; después Osman bajá se apoderó de la misma Tauris, y construyó pirámides con setenta y cinco mil cabezas. Cuando estuvo de vuelta en Constantinopla, Amura-

tes le hizo sentar á su lado, y quiso que le contase la expedición. Cuando oyó la derrota de Araschan, le interrumpió exclamando: *Bien hecho, Osman*; y quitó de su turbante una pluma de garza adornada de brillantes que puso en el suyo; cuando después le contó su victoria sobre Amza Mirza: *Esto te aprovechará, esto te aprovechará*, replicó Amurates, y le dió su propio puñal cubierto de pedrería; á la relación de su triunfo sobre Iman Kulikan de Gengé, adornó su cabeza con otra pluma de garza más preciosa que la primera; cuando en fin Osman le dió cuenta del sitio que habia sostenido en Caffa con sólo tres ó cuatro mil hombres, Amurates levantó las manos al cielo, llamando sobre él todas las bendiciones: «Que tu rostro, dijo, resplandezca en uno y otro mundo; que Dios, protector y vengador, te sea siempre benévolo; que la victoria te acompañe á todas las partes adonde dirijas tus pasos. Ojalá tengas asiento en el paraíso en el mismo kiosko y en la misma mesa que el califa tu homónimo y goces en este mundo una larga vida, honores siempre nuevos y un poder de continuo en aumento.» Entonces á una señal suya, el gran mayordomo (*Kapuaga*) condujo fuera á Osman, y desde la cabeza á los pies, desde el caftan hasta la camisa, desde las babuchas al turbante le adornó con vestidos del sultan, con los cuales y con los regalos volvió á entrar, no acabando nunca de dar gracias por tanta generosidad.

Abbas I el Grande.—Pero Abbas Mirza, que debia cambiar la fortuna de la Persia (1585), se hallaba dispuesto á ascender al trono, cuyo camino se abrió dando muerte á su hermano, y en el que se sostuvo con asesinatos. Habiendo predicho los astrólogos que un peligro muy grande amenazaba al rey de Persia, abdicó é hizo coronar á un hombre oscuro, dándole muerte tres días después; de esta manera creyó haber evitado la siniestra influencia de los astros. Volvió á emprender, pues, con confianza el curso de sus proyectos, púsose á la cabeza de los terribles kurdos, y fué durante los cuarenta y dos años de su reinado terror de sus vecinos. Reprimió primero á los usbeques y á los turcos; su tratado de paz con estos últimos (1590), en virtud del cual conservó la Georgia y el Aderbiyan, es memorable, en lo concerniente á las cuestiones religiosas, y porque intima á los persas reverenciar á los imanes y no hablar mal de Aicha la Casta. Era éste un nuevo motivo para otras guerras, á las que se preparó con doce años de paz. Sirvióse del inglés Sherley para procurarse cañones, disciplinar su ejército, y concedió, por su mediación, facilidades á los negociantes cristianos. Vióse también á embajadores persas acudir á diferentes cortes de Europa para escitarlas á la guerra contra los turcos; pero sin obtener resultado.

Animado entonces Abbas con las ideas de patria y religion, marchó contra los bajaes turcos, se hizo dueño de Erivan, y derrotó á Cicala, que murió de pesar (1613), después de haber sido treinta años musulmán; y en el curso de una larga guerra

trasladó ochenta mil familias de la Georgia á la Hircania, la Armenia y el Farsistan. Apoderóse también de la isla de Bahrein, la más importante del golfo Pérsico; en fin, concluyó la paz (1618), conservando todo lo que habia adquirido, por ciento ó doscientas cargas de seda al año; lo cual aumentó mucho la gloria del gran Alí, protector de las victoriosas armas de la Persia. Trasladó Abbas la residencia del imperio á Ispahan, donde era considerado como el segundo fundador. Sostuvo allí amistad con el emperador de Dehli, y protegió las factorías de los ingleses, franceses y holandeses; pero vió con desconfianza la de los portugueses que ya poseían á Ormuz. Resuelto á arrojarlos de allí, se dirigió á los ingleses para procurarse una escuadra, y libertó á la compañía de las Indias de los derechos de aduanas; habiendo, pues, desembarcado con sus tropas, se apoderó de Ormuz, la que fué destruída; pero sin que este fratricidio aprovechara á los ingleses, cuyos embajadores fueron por el mundo contando maravillas de la riqueza de la Persia.

Abbas Mirza embelleció sus ciudades, hizo construir un dique de trescientas millas á través del Mazanderán, elevó pirámides con las cabezas de los rebeldes, odió á sus propios hijos, de los cuales dió muerte á uno, y sacó los ojos á otro. No por eso dejó de ser apellidado el Grande, y á él es á quien se atribuye todo lo que la Persia moderna ofrece de hermoso y magnífico.

Sin embargo, Amurates IV, que reinaba sobre los otomanos, se encontraba continuamente inquietado por las turbulencias de los genizaros, y el gran visir Kosrou, hombre resuelto, ilustrado y sanguinario, le prestó grandes servicios. Habiendo llamado Abasa, esclavo rebelde, á los persas, les entregó Bagdad, y fueron exterminados los sunnitas. Amurates hizo marchar tropas para recobrar aquella ciudad, y la guerra se prolongó bajo el mando del schah Sefi, sucesor de Abbas. Habiendo entrado Amurates dos veces en Persia con trescientos mil hombres, volvió á recobrar por la fuerza á Bagdad, y dió muerte á treinta mil soldados que habian rendido las armas. Conservó aquella ciudad después de la paz.

Aquel sultan que hizo perecer á sus hermanos, permitió la venta pública del vino; mas, viendo los escesos que resultaban, la prohibió de nuevo en union del café. Cuando su muerte, que acaeció en 1639, su hermano Ibrahim, incapaz, disoluto, gastado en la flor de la edad por el abuso de las mujeres, ascendió al trono. Gastaba sin medida en compras de ámbar, pieles, hermosas esclavas; se adornaba con piedras preciosas, colocándose hasta entre la barba, y dejaba todo el cuidado de los negocios á su madre, á los visires y á los charlatanes que prometían devolverle algun vigor. El mufti, cuya hija habia robado, urdió una trama contra él, y le hizo declarar incapaz de reinar; en su consecuencia fué estrangulado (1648).

Mahomet IV.—Dejó nueve hijos, y Mahomet IV,

que le sucedió, no tenia más que siete años. Es poco importante para la historia repetir una continua sucesión de intrigas de la sultana favorita y de las sublevaciones que se seguían á ellas cuando ascendía ó deponía á los visires. En fin, el albanés Mehemet Koproli aceptó el cargo de visir que se le ofrecía, á condicion de que el sultan determinase con prontitud si se conformaba á cederle el nombramiento de todos los empleos, el cuidado de distribuir las gracias y castigos; en una palabra, que habia de tener confianza en él y no escuchar las quejas. Entonces arrancó el imperio de aquel gobierno de mujeres enervante y cruel. Manifestó un conocimiento de los negocios y una firmeza que eran las únicas cosas que podían salvar al Estado, al mismo tiempo que un orgullo, un espíritu de venganza, una deslealtad que no reprueba la política de su nacion. Dió muerte á los jefes de las facciones contrarias y á todo el que podia servirle de obstáculo: hizo arrojar al mar á más de cuatro mil spahis y trasladar los demás á Asia. El patriarca griego, que no le parecía bastante partidario suyo, fué ahorcado, y cuéntase que hizo perecer en cinco años á treinta y seis mil personas. Habiéndose rebelado Abasa, bajá en el Asia Menor, se adelantó como vencedor hasta Scutari, pidiendo la cabeza del gran visir; pero habiéndole engañado Koproli con falsas negociaciones, le hizo degollar con los suyos y con todo el que le era sospechoso.

Tuvo en aquella época que regocijarse la Persia de varias victorias; ciento veinte mil rusos muertos, ciento cincuenta mil conducidos esclavos desde la asolada Moscovia, y treinta mil cabezas de húngaros mandadas desde la Bosnia al serrallo, pudieron hacer creer á los turcos que habian vuelto los tiempos en que se sembraba el terror en todas partes; tanto, que los príncipes europeos enviaban á Constantinopla sumisos embajadores (5).

Guerra de Candia.—Venecia se habia reservado siempre en sus tratados con la Puerta, el derecho de dar caza á los piratas en cualquier lugar en que los encontrase. El renegado Ali Piccinino, que infestaba el Mediterráneo con una escuadra de Argel y Túnez, habiéndose adelantado en el Adriático, capturó en él un barco veneciano, dirigiéndose después á fondear en la rada de la Valona. Marin Capello, proveedor de la escuadra veneciana, le bloqueó, le hizo prisionero, y condujo diez y seis galeras en triunfo á Corfú (1638). Amurates IV pidió satisfacción; pero como se en-

contraba entonces ocupado en Persia, donde no era feliz, tuvo que contentarse con un arreglo. Resultó de ello un sordo rencor que no aguardaba más que una ocasion para estallar, la que no tardó en presentarse en el reinado de Ibrahim.

Gabriel Baudran, de Chambers, general de la orden de Malta, se apoderó de algunos barcos en su camino á la santa peregrinación; en uno de ellos se encontraba una sultana, y los condujo á un puerto de Candia, y de allí á Malta. Esto fué bastante para que Ibrahim declarase la guerra á la orden (1644). Cincuenta mil turcos se dieron á la vela para la isla y se dirigieron á Candia, que era el único resto de las conquistas de Venecia sobre el imperio de Oriente, y que habia conservado triunfando de veinte rebeliones, prodigando el oro y la sangre. Arribaron los turcos, y pusieron sitio á Canea. Habiendo hecho llamamiento la república á las potencias cristianas, la España proporcionó cinco galeras, la Toscana seis, otras tantas los caballeros de Malta, el papa cinco, autorizando además una contribucion de 100,000 ducados sobre el clero veneciano. Los franceses enviaron 100,000 escudos, proporcionados tal vez por Mazarino, de su propio bolsillo, cuatro brulotes, y permitieron alistarse hombres en Francia, todo sin autorizacion pública del gobierno, por los tratados de amistad que existían con la Puerta. No se puede formar una idea de los sacrificios que se impusieron los nobles venecianos y de las ofrendas que hicieron espontáneamente.

La escuadra cristiana era mandada por Gerónimo Morosini; pero antes de que pudiese comenzar sus operaciones, habia capitulado Canea. Al momento empezaron las divisiones entre los capitanes, y Deli Custein sitió á Candia. Las escuadras venecianas se señalaron con brillantes hechos de armas.

Habiendo tomado las riendas del gobierno Mehemet Kropoli, hizo esta guerra con más vigor. Continuó mientras vivió estimulando la pereza del sultan, sosteniendo la tranquilidad en el país, sentenciando á muerte á los turbulentos ó sospechosos, y construyendo fortificaciones. Nunca perdió la confianza de su amo, y pudo transmitir el sello imperial á su hijo, Acmet Kropoli, que unia á las cualidades de su padre la cultura literaria (6). Continuaba, sin embargo, la guerra con Venecia, cuando vino á unirse á ella la del Austria,

(5) El embajador de Francia, M. de la Haye, se vió en gran peligro por no haber querido revelar la cifra que empleaba en su correspondencia. El que Carlos II envió á la Puerta, notificando su advenimiento al trono de Inglaterra, recibió un regalo de bienvenida, y diariamente las provisiones de diez carneros, cincuenta gallinas, cien panes, diez velas de cera amarilla, diez de cera blanca, y veinte pilones de azúcar; recibía además diez y nueve caftanes, cuando los demás embajadores no tenían más que diez y ocho, y pudo, cuando marchó, libertar tres esclavos ingleses.

(6) En el ministerio de Acmet Kropoli se introdujo el empleo de intérprete de la Puerta. Fué primero desempeñado por el griego Nicusi (Panagiote), hombre de una alma elevada y de gran habilidad; después por Alejandro Maurocordato de Chio, que así como el anterior, habia estudiado la medicina en Italia, y para él fué para quien se creó el título de *confidente de los secretos del imperio*, conservado por sus sucesores. Sólo los griegos pueden obtener este empleo, que da grande importancia al que lo representa, pues no se trata ningun asunto con las potencias cristianas sin que él intervenga.